

La oscuridad de Borges y Tzinancán

Mario Javier Pacheco García

Jorge Luis Borges tiene certeza de su ceguera progresiva, no importan los viajes por el mundo visitando oftalmólogos, que le formulan pócimas y expectativas, él quedará ciego y lo sabe, pero no deja de ser paradójico que su visión acelere la opacidad precisamente cuando ejerce de director de la Biblioteca Nacional entre 1955 y 1973, y así lo confiesa en una conferencia:

“Yo siempre me había imaginado el Paraíso bajo la especie de una biblioteca. Ahí estaba yo. Era, de algún modo, el centro de novecientos mil volúmenes en diversos idiomas. Comprobé que apenas podía descifrar las carátulas y los lomos. Entonces escribí el *Poema de los dones*»:

“Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.”

El escritor porteño, maestro de la metáfora, es un hombre que gusta interiorizarse y en ocasiones deja entrever lo que transmite en su cuento *La escritura del dios*: su impotencia ante lo ineluctable, como en los versos que dedica al mar:

“¡Ambos encadenados y nómadas;
Ambos con un sed intensa de estrellas;
Ambos con esperanzas y desengaños;
Ambos, aire, luz, fuerza, oscuridades;
Ambos con nuestro vasto deseo
y ambos con nuestra grande miseria.”

Para leer el cuento de El Aleph “*La escritura del dios*” es necesario reconocer en Borges el mago de los vocablos que se recrea en la fantasía y en los universos oscuros, logrando por su estilo ser calificado al igual que los chamanes mesoamericanos, en un visionario del futuro.

Varias hipótesis fantásticas salidas de su pluma han sido escudriñadas por sus lectores como si fueran crípticos textos de sacerdotes mayas, tratando de descifrar ideas, mensajes, o anticipos del devenir y no son pocos los científicos que utilizan citas de Borges para dar fuerza a sus teorías sobre la matemática, el tiempo y el espacio, e incluso se le atribuyó la solución de un problema de la física cuántica en “El Jardín de senderos que se bifurcan”, porque se anticipó a tesis doctorales que se publicaron en 1951, de tal manera que su ficción y su visión mágica de mundos irreales, es leída por muchos entusiastas, como ciencia.

En la *Escritura del dios* se descubre el influjo de la génesis del Popol Vuh, allí no reencarna, sino que se reinventa en el sacerdote Tzinancán para disfrutar la desazón de su condena a ciego, el peor destino de quien vive de ver, leer y escribir. Ninguna mazmorra más siniestra que la ceguera.

Tzinancán con todos sus temores de soledad, de incertidumbre, de impotencia, está arrinconado en una cárcel subterránea que tiene forma cilíndrica, dividida a la mitad por un muro que se interrumpe en la parte baja por una reja. En su mitad del círculo negro, él y en la otra mitad el jaguar - de manera consciente, no puede ser de otra forma, lo transforma en tigre- que contiene entre su piel, entre rayas y pelambres amarillos, rojos y negros la solución divina. El mensaje, único mensaje esperanzador en medio de las sombras y la desesperanza.

Borges presiente que su ceguera lo reducirá como a Tzinancán a vivir la sentencia de la oscuridad, que será limitado a solo ver su interior y teme quedar encerrado en un sueño que se encierra en otro para no despertar más, por eso su único aliciente es la desesperación del momento de luz cuando el carcelero, por unos instantes al día, abre la roldana para entregarle el alimento. La visión de ese rayo se talla en su cerebro y es tan fuerte y nítida que le permite, por el resto del tiempo hasta que vuelva abrirse al otro día la roldana, analizar cada una de las manchas del jaguar, escrutarlas como si las estuviera viendo a ver si descubre el mensaje de su dios.

En el aislamiento negro de la cárcel la interioridad humana se fortifica y Tzinancán entra entonces en posesión de lo que ya era suyo, entiende que de nada vale ser sacerdote, o conductor, o visionario si las circunstancias lo mantienen preso, esa es la única calidad que vale, la de prisionero, sus demás títulos, atributos, inteligencias de nada sirven y en esto Borges transmite cierta identidad con el sacerdote, él, gran escritor, alabado poeta, es tan solo un condenado, y de nada sirven los honores y los reconocimientos para contrarrestar su ceguera.

El instinto vital le hace acudir a ejercicios que pueblen su cotidianidad, como alternativa para sobrevivir mental y físicamente al castigo, entonces se dedica a entrar en posesión de lo que ya es suyo, Piensa que su situación puede tener un propósito celestial y que como sacerdote fue puesto en el inmundo lugar para recibir un mensaje del dios para su pueblo. Alcanza en la soledad y el silencio de los sentidos la lucidez interior que poseían los mayas y que persiguen los lamas budistas del Tibet. Todo se abre ante él, el conocimiento tiene claridad meridiana, cuarenta sílabas, catorce palabras que si las pronuncia, el mundo se trastocará a su favor, saldrá de prisión, será nuevamente joven y el tigre devorará a De Alvarado, se reconstruirá el imperio.

Pero de pronto ha dejado de interesarle el mensaje, hace una catarsis y su mente se aparta del cuerpo de Tzinancán “Ese hombre ha sido él y ahora no le importa. Qué le importa la suerte de aquel otro, qué le importa la nación de

aquel otro, si él ahora no es nadie. Por eso no pronuncio la fórmula, por eso dejo que me olviden los días. Acostado en la oscuridad.”